

LA RELACIÓN ENTRE EL CONOCIMIENTO Y LA ENFERMEDAD DE AMOR EN ADSO DE MELK

En la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco*

Natacha Ramírez Tamayo**

nramir20@eafit.edu.co

Resumen

En el artículo se analiza el personaje Adso de Melk, de la novela *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, en tanto aprendiz, que busca el conocimiento orientado por su maestro y padece lo que en el Medioevo se denominaba *enfermedad de amor*. El propósito del análisis es saber si esta enfermedad y los síntomas que sufre le permiten generar vías alternativas de conocimiento o si son un obstáculo para ello, debido a sus principios religiosos y morales. Como fundamento metodológico se recurre a algunos elementos de la semiótica respecto al personaje y de la narratología en relación con los acontecimientos y el narrador.

Palabras clave

Semiótica, narratología, *El nombre de la rosa*, Umberto Eco, novela.

The relationship between the knowledge and the lovesickness in Adso of Melk in the novel *The Name of the Rose* by Umberto Eco.

* Artículo para optar al título de Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit.

** Teóloga de la Universidad Católica de Oriente y candidata a Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Docente de tiempo completo de la Facultad de Teología y Humanidades de la Universidad Católica de Oriente, Rionegro, Antioquia.

Abstract

The article analyzes the personage Adso of Melk, in the novel *The Name of the Rose*, by Umberto Eco, as apprentice, he seeks knowledge guided by his teacher, and he suffers what was called in the Middle Ages lovesickness. The purpose of the analysis is to know whether this disease and the symptoms his suffers have alternate routes that allow him to generate knowledge or are an obstacle to do it, because of his religious and moral principles. As methodological fundament uses some elements of semiotics regarding personage's analysis and narratology in relation to the events and the narrator.

Key words

Semiotics, narratology, *The Name of the Rose*, Umberto Eco, novel.

*Que es fuerte el amor como la
Muerte, implacable como el Seol la
pasión. Saetas de fuego, sus saetas,
una llamarada de Yahvé.
Cantar de los Cantares 8, 6b*

Introducción

El nombre de la rosa es una novela escrita por Umberto Eco¹ que pretende plasmar algunos elementos fundamentales de la Edad Media. Lo expresa él mismo en sus *Apostillas al*

¹ Umberto Eco nace el 5 de enero de 1932 en Alessandria, Italia. Estudió en la Universidad de Turín, Filosofía Medieval y Literatura. Su primer libro fue publicado en 1956 con el nombre *El problema estético de santo Tomás*, el cual fue una extensión de su tesis doctoral. En 1980, la publicación de su libro *El nombre de la rosa* le permitió ser más conocido. La novela combina la semiótica con la ficción, el análisis bíblico y la teoría literaria con los estudios medievales. Posteriormente ha escrito más novelas, así como ensayos, libros para niños

Nombre de la rosa argumentando por qué esta época fue su inspiración: “En determinado momento me dije que, puesto que el Medioevo era mi imaginario cotidiano, más valía escribir una novela que se desarrollase directamente en ese Medioevo” (Eco, 1988:638). Por ello, desde el prólogo ya se ubica al lector en dicha época, y se afirma que los hechos se desarrollan hacia finales de 1327. Guillermo de Baskerville, fraile franciscano y personaje principal de la historia, se encamina a una abadía de Italia —cuyo nombre se reserva el narrador— con Adso, un joven novicio benedictino, quien ha sido asignado para este viaje por su padre, el barón de Melk, como amanuense y discípulo de Guillermo. Según los cánones de su época: “El *magisterium* del maestro medieval y renacentista era formalmente el del doctor en teología” (Steiner, 2004:171) y, esta es la formación que recibe el aprendiz de parte de su tutor.

En el lugar se encuentran con una serie de hechos criminales que el franciscano se empeña en descubrir, porque así se lo ha pedido el abad. Él y su aprendiz siguen cada una de las pistas y los signos que se van revelando. En sus pesquisas, llegan a la biblioteca del gran edificio, construida en forma de laberinto. Allí se sorprenden ante un manuscrito, el cual parece ser causa de las muertes que han sucedido recientemente en el monasterio. Cuando los cabos son atados, Jorge de Burgos, uno de los monjes de la comunidad y autor de los crímenes, genera un gran incendio en la biblioteca donde se pierde el libro tan ansiosamente buscado; se trataba de un códice muy singular: el libro sobre la comedia de Aristóteles, al que Jorge de Burgos consideraba como diabólico, pues la risa, haciendo que se pierda el temor y el respeto ante Dios, también horada y destruye la fe. Antes de que se esclarezcan los crímenes, Adso se encuentra en la cocina abacial con una muchacha con quien tiene relaciones sexuales; a partir de ahí comienza a padecer de erotomanía², lo que lo impulsa a

e innumerables textos académicos. Se desempeña como presidente de la Escuela Superior de Estudios Humanísticos de la Universidad de Bolonia.

²Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la etimología de la palabra es el griego ἔρως, ἔρωτος, que significa amor, y el español *manía*. Se define como una enajenación mental causada por el amor y caracterizada por un delirio erótico. Fue precisamente esto lo que padeció Adso después de su encuentro con la mujer.

buscar su cura. Al final de la historia, los dos personajes principales parten del lugar. El aprendiz regresa a su abadía para continuar su vida de monje benedictino.

La narración es escrita por Adso cuando está viejo; lo hace impulsado por el deseo de contar lo que sucedió y como una mirada retrospectiva de sí mismo. A lo largo de la obra, el mismo Adso se muestra como testigo presencial de los hechos y enfatiza en la certeza de sus afirmaciones; todo esto denota la clara intención de otorgarle verosimilitud al relato.

Los episodios referidos se desarrollan durante siete días, divididos conforme a las celebraciones litúrgicas de los monjes. Estas oraciones se distribuyen, según las horas del día, en: maitines, prima, laudes, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. La narración en su totalidad abarca, además, el tiempo que transcurre entre los hechos principales de la narración cuando Adso tenía aproximadamente 18 años, y el momento en que el narrador-personaje escribe todo lo que vivió, cuando ya es viejo³.

Ahora bien, en consonancia con la siguiente afirmación de Eco: “Por mi parte, llamaría efecto poético a la capacidad que tiene el texto de generar lecturas siempre distintas sin agotarse jamás del todo” (Eco, 1988:636), se propone a continuación una de las posibilidades de interpretación semiótica que tiene la novela. Así, la hipótesis que se plantea es que, a partir de la *enfermedad de amor*, Adso cambia su forma de conocer y pasa de un nivel racional a permitir que incida su parte afectiva. La erotomanía que padeció lo ayuda a comprenderse a sí mismo y al mundo desde una perspectiva diferente a la que le había sido propuesta desde su formación familiar y monacal; sin embargo, el personaje desecha esta forma de conocer sensitivamente al igual que el modelo racional propuesto por Guillermo y el ocultamiento de saber representado en Jorge de Burgos. Adso escoge su propia vía de conocimiento y se inclina hacia la fe.

³ Eco, en las *Apostillas* se expresa de esta forma sobre la edad del personaje: “Adso cuenta a los ochenta años algo que vio a los dieciocho. ¿Quién habla? ¿El Adso de dieciocho años o el octogenario? Evidentemente, ambos, y no por casualidad. El juego consistía en hacer entrar continuamente en escena al Adso anciano, que razona sobre lo que recuerda haber visto y oído cuando era el otro Adso, el joven” (1987:645).

Para desarrollar el tema, en primer lugar, se analizará el personaje a partir de planteamientos semióticos y narratológicos; se continuará con el significado del conocimiento y de la erotomanía en el Medioevo; y, posteriormente, se abordará el proceso de la enfermedad de amor en Adso y la cuestión de cómo este padecimiento influyó en su percepción del conocimiento.

1. Adso, narrador, personaje y aprendiz que elige conocer por sí mismo

Adso inicia su historia presentándose como el narrador que va a contar los sucesos que vivió y registró con fidelidad (Eco, 1988:646) cuando era adolescente. Es un “yo narrativo”, que testifica (Bal, 1995:140). Eco lo presenta en las *Apostillas* como “un cronista de la época” (1988:639), según el modelo de los historiadores medievales, y por ello: “Adso impone su punto de vista a toda la narración” (1988:645). La historia que escribe, ya mayor, devela un poco su conciencia, y da cuenta de su reflexión acerca de los acontecimientos vividos, al tiempo que los representa. Se remonta al pasado y lo reinterpreta a la luz de lo que ha vivido después. A medida que narra, pone de manifiesto su psicología y su manera de pensar.

Este narrador también es personaje, y como tal “es una unidad semántica completa” (Bal, 1995:88), con sus características propias y que ejerce unas funciones que lo definen. Aparece acompañado de otros personajes que “son los que dentro de la novela tienen acontecimientos funcionales” (Bal, 1995:33), es decir, causan o sufren acontecimientos primordiales para el desarrollo de la trama. Para el análisis en cuestión, quienes ejercen este papel además de Adso son Guillermo, la mujer, Jorge y Ubertino; este último en cuanto que influye en la perspectiva que el novicio va a adquirir de la mujer. Interesan en este artículo, las funciones de cada uno de estos personajes en cuanto le aportan a Adso en su búsqueda de conocimiento, su enfermedad, la cura de la misma y su elección posterior.

En este sentido, y siguiendo a María del Carmen Bobes, cuando se elabora una definición semántica del personaje se debe abordar a partir de “una concepción social,

psicológica o simplemente histórica” (1998:146). En la novela se percibe esa presentación semántica de Adso a través de las siguientes características: es reflexivo, quiere encontrar el conocimiento por sí mismo, es inteligente, desea a la mujer y tiene la competencia necesaria para alcanzar su meta.

Como todo personaje que manifiesta algo de su conciencia, enuncia la conclusión a la que llega respecto al conocimiento: cree que es mejor no buscar el saber humano pues lo que él necesita es la salvación y, para obtenerla, lo necesario es la fe. Se oponen así saber y salvación. Esta afirmación, vista desde la macroestructura de la novela, resulta contradictoria con la intención misma del novicio y su maestro, y sin embargo muestra la globalidad del personaje y sus cambios en el tiempo:

Cuanto más viejo me vuelvo, más me abandono a la voluntad de Dios, y menos aprecio la inteligencia, que quiere saber y la voluntad, que quiere hacer: y el único medio de salvación que conozco es la fe, que sabe esperar con paciencia sin preguntar más de lo debido (Eco, 1988:479).

Es inquietante esta postura, ya que en el argumento inicial de la novela el personaje aparece ávido de conocimiento, haciendo constantes preguntas a su maestro y a otros monjes. Además, esta afirmación es esencial ya que plantea un giro respecto a su postura frente al saber: Quien habla en ese momento no es el novicio, sino el anciano de unos ochenta años quien, según el mismo Eco, “razona sobre lo que recuerda haber visto y oído cuando era el otro Adso, el joven” (Eco, 1988:645); esto conduce a deducir que, después de los sucesos de la abadía, el personaje elige antes que el conocimiento, la salvación de su alma.

Guillermo, el maestro de Adso, es derrotado al final de la novela, ya que no logra obtener el segundo libro de la poética de Aristóteles sobre la comedia y además la biblioteca que tanto apreciaba es incendiada; tampoco fue capaz de lograr un acuerdo entre los enviados del papa y su orden religiosa. Deteniéndose en estos sucesos el aprendiz reflexiona que, para obtener su objetivo, no basta con la búsqueda de signos enseñada por su maestro ni tampoco con el ocultamiento del saber que asumió Jorge y que desencadenó los crímenes en la abadía.

Por eso, escoge la fe como camino hacia el conocimiento humano y divino, que aguarda y no interroga más de lo establecido. Este es el nuevo camino de Adso que lo lleva al final de la historia a elegir no saber más de lo que se le muestra o le está permitido: es preferible vivir sin preocuparse mucho del porqué de los acontecimientos. La arrogancia por el conocimiento que mostraron su maestro y Jorge le pareció mucho más perversa que su relación sexual con la muchacha (Eco, 1988:572). Concluye que es más peligrosa la soberbia que produce el saber que el dejarse llevar por las pasiones carnales. En este sentido, Steiner al analizar las relaciones entre maestro y aprendiz, dice que es el momento en que el discípulo, aun sintiendo veneración por su guía, “piensa que ha dejado atrás a su Maestro, que debe abandonar a su Maestro para convertirse en sí mismo” (2004:15).

Otro rasgo del personaje es la necesidad de encontrar el conocimiento por sí mismo y no solamente con ayuda de su mentor. En diversas ocasiones se muestra cansado de su condición de aprendiz y quiere tener un papel protagónico; por ejemplo, cuando busca conocer e interpretar por sus propios medios el significado de la herejía a través de un personaje que le inquieta mucho, fray Dulcino. Para lograrlo, le pregunta a Ubertino —uno de los monjes— sobre el tema; luego, sube solo al *scriptorium* a consultar y, sin la autorización de Guillermo, va al laberinto a observar lo que allí ocurre. El ejemplo evidencia que Adso desea desprenderse de su maestro; por eso pregunta y no se deja convencer fácilmente: su conocimiento se renueva a medida que adquiere sus propias experiencias. En algunos momentos, con sus descubrimientos, razonamiento y atención, se convierte en pieza clave para ayudar a su tutor a comprender e interpretar los signos. Si se tiene en cuenta que el joven es un novicio benedictino, este y Guillermo trasgreden la norma de la orden religiosa del aprendiz, ya que, según la *Regla* de san Benito, en el capítulo VI que habla de la taciturnidad, el discípulo debe estar en todo momento sometido a su instructor y a este es al que le compete razonar: “No se conceda a los discípulos perfectos, sino raras veces, licencia para hablar [...]. Además, hablar y enseñar incumbe al maestro; callar y escuchar corresponde al discípulo” (1991:56).

Adso se reconoce dentro de la historia como un hombre sensible que desea a la mujer. Su estadía en la abadía, le proporciona otra perspectiva sobre lo femenino. El joven, quien

solo conocía a las mujeres por la referencia a su madre y por los libros religiosos que hablaban de estas negativamente, en la abadía, escucha hablar de ellas y encuentra descripciones e imágenes de mujeres en los libros; y siente cómo se despierta su deseo.

Otra característica del personaje es su competencia para conseguir una meta, en este caso, obtener el conocimiento como objeto de su búsqueda. Dentro de la fábula, Adso está dotado de la capacidad necesaria para interpretar los signos, se presenta como un buen aprendiz, capaz de inferir hipótesis y decidido a la hora de actuar.

El personaje también se presenta en la novela a través de su trato con los otros. Según la narratología, “las relaciones con los demás determinan la imagen del personaje” (Bal, 1995:94). En esa dirección, Adso se relaciona en primer lugar con su maestro, luego con algunos monjes de la abadía y posteriormente, con la muchacha. Fuera de Guillermo, es percibido por los demás actores como un novicio que en su papel de aprendiz se encuentra en una situación privilegiada por ser el ayudante de Guillermo, por tanto tiene acceso a personas y reuniones a las que no hubiera podido entrar por sí solo; por ejemplo, en el encuentro que se lleva a cabo entre los franciscanos y los enviados del papa, él está presente por ser el amanuense de Guillermo. En general, el trato de Adso con los otros personajes depende de su maestro, teniendo con ellos una menor interacción. Sin embargo, con la muchacha no sucede de esta forma, ante ella tiene un papel activo que se evidencia cuando el personaje cuenta el momento de su encuentro con ella. La mujer lo percibe como un joven bello y agradable.

Otros personajes con quienes el novicio habla a solas son Salvatore y Ubertino. De hecho, estos diálogos manifiestan momentos en los cuales él quiere obtener el conocimiento por sí mismo. Con el primero, busca sacar algo de información sobre su conducta antes de entrar en la abadía y sobre los rumores que existen por su trato con mujeres; con el segundo, aspira a tener respuestas acerca de la herejía y de uno de sus representantes, fray Dulcino, cuya vida inquieta bastante al novicio.

Para su maestro, Adso es inteligente y talentoso, lo aprecia y se convierte en su mano derecha. Esto se deduce a lo largo de la historia, cuando Guillermo lo anima a discernir y a

llegar a sus propias conclusiones sobre los signos que encuentran, y cuando es testigo de algunos descubrimientos del muchacho, como la clave para entrar en el *Finis Africae*. De hecho, es su maestro quien lo incita a obrar de ese modo, pues en varias ocasiones le llama la atención: “Querido Adso, deberías aprender a razonar con tu propia cabeza” (Eco, 1988:169, 326).

El personaje también representa al hombre religioso del Medioevo. Él es un noble instruido, educado desde niño en un monasterio benedictino, que sigue la vocación religiosa por decisión de sus padres por el prestigio que en su tiempo representaba. Juzga los acontecimientos desde la cosmovisión religiosa de su época, pero en el viaje con Guillermo se le ofrece otra forma de entender los hechos.

Así, lo que vive el personaje en la abadía significa un nuevo encuentro con la realidad social y religiosa que lo rodea y con su propia humanidad. Él mismo lo expresa, en sus reflexiones personales, al creer que había estado mal emprender este viaje: “Mientras me acostaba, pensé que mi padre no debería haberme enviado a recorrer el mundo, pues era más complejo de lo que yo creía. Estaba aprendiendo demasiado” (Eco: 1988,190). Al joven novicio se le cae la venda de los ojos, a su conocimiento espiritual se le añade otro más humano, aprende a conocer a los hombres del Imperio y de la religión, percibe que las cosas no son como él se las imaginaba; está al tanto de los intereses que mueven a los hombres religiosos, se da cuenta de que dentro de los monasterios se viven pasiones humanas no del todo diferentes a las que se dan fuera de sus muros; además, es testigo de cómo dentro de un lugar sagrado se llega incluso a asesinar con el pretexto de cumplir un plan divino.

Desde esta perspectiva, las palabras de Del Prado Biezma acerca de cómo el personaje tiene un “conflicto del descubrimiento del yo”, conflictos internos, que “lo encierran en la interioridad agobiante de sus sentimientos y de sus ideas” (1999:50), se aplican a Adso y los vive no solo en el encuentro con la muchacha y después consigo mismo, sino en gran parte de la historia. Por ejemplo, cuando padece la enfermedad de amor y reflexiona sobre la misma, se revela a sí mismo en su imagen más profunda e íntima. Y a medida que presencia

los sucesos en la abadía, la confrontación con su ideal de vida y la realidad que percibe, lo sumen en un conflicto permanente.

Por las características encontradas en el personaje, su relación con los demás, con su entorno y consigo mismo, Adso es un personaje “redondo”⁴. Estos son “personas ‘complejas’ que sufren un cambio en el transcurso de la historia, y continúan siendo capaces de sorprender al lector” (Bal, 1995:89).

En conclusión, la descripción del personaje “redondo” expone precisamente los rasgos más sobresalientes del aprendiz: reflexión, búsqueda del conocimiento, inteligencia, capacidad de sentir y competencia para conseguir el objeto de su búsqueda. Al final de la historia, Adso sale de la abadía transformado, no es el mismo personaje del comienzo del relato; lo que vive en ella modifica su cosmovisión y su forma de conocer; el encuentro con la mujer le posibilita una nueva percepción; y el final de la semana en la abadía hace que se decida, no por el conocimiento que le quiso enseñar su maestro, sino por la fe que no pregunta más allá de lo que puede conocer.

2. Definición de *conocimiento* y *enfermedad de amor* en el Medioevo

2.1 El conocimiento

Para definir el tipo de conocimiento de la Edad Media que se refleja en la novela, los planteamientos de Gonzalo Soto aclaran cómo la comprensión de los signos y del saber tenía un fuerte contenido religioso:

⁴ Maria del Carmen Bobes, citando a Foster, dice que este hace una clasificación del personaje en *flat* y *round characters*. El personaje plano está constituido a partir de una sola idea o cualidad, y el personaje redondo se define “por la complejidad y por su capacidad de sorprendernos continuamente” (1998:148).

El medieval trabaja con un horizonte mental: las cosas son criaturas de Dios. Expresado de otro modo: Dios creó el mundo y nada en él ha quedado sin su huella. El mundo es un libro escrito por Dios. De ahí el leer descifrando el mundo como un cúmulo de signos (2007:188).

El conocimiento en el Medioevo consiste en la capacidad de hacer una lectura de los signos, descubriendo lo que Dios deja en ellos. Pero estos indicios tienen varios significados, contienen en sí la semejanza y la disimilitud, por eso son ambiguos.

Esta forma de comprender los signos tiene como consecuencia que se considere como real y verdadero lo legendario, y que las leyendas se asuman como argumentos acertados. Un ejemplo es cuando Adso le dice a Guillermo que cree en la existencia del unicornio. No piensa en que solo es una idea ya que lo considera real.

Teniendo en cuenta lo anterior, y a partir de la perspectiva semiótica con la que se aborda la novela, se encuentran dos maneras de aproximarse al conocimiento, representadas en Guillermo de Baskerville y Jorge de Burgos; Soto las explica en su estudio sobre la novela:

Para Burgos la semiosis es limitada. El signo no tiene sino un solo sentido, es cerrado, no cabe la discusión. Todo texto está definitivamente escrito, leído e interpretado. La tarea es vigilar y custodiar esta estructura definitivamente definitiva de la semiosis y castigar a quien intente ponerla en duda, cambiarla. Baskerville, en cambio, propone una semiosis ilimitada: el signo es abierto, polifacético. Ningún texto está definitivamente escrito, leído e interpretado. Cabe la búsqueda, la discusión, la polémica, los pro y contra, la risa, la contestación, la probabilidad (Soto, 2007:190).

Estas dos posiciones frente al conocimiento son un ejemplo claro de dos mentalidades propias de la época; a saber, Baskerville es la resonancia de Guillermo de Occam⁵ y Jorge

⁵ Filósofo y teólogo inglés (1280-1349), máximo representante del nominalismo. En 1324 el papa Juan XXII —del que se habla en la novela— lo llamó a la corte pontificia para juzgar la validez de su pensamiento. Según Occam, no existen conceptos universales, sino nombres universales, no existe una esencia universal compartida entre los conceptos sino solo semejanzas.

recuerda el pensamiento de Bernardo de Claraval⁶. En efecto, Guillermo de Baskerville enseña a Adso a leer los signos, utilizando su razón y la lógica de los acontecimientos, pues “nombrando estos signos —le dice el maestro— existen” (Eco, 1988:32). Para el instructor, la percepción de las cosas ya era una idea de su existencia; es por eso que al final de la historia se da cuenta de que, aunque descubre al asesino de la abadía y el secreto para entrar en el *Finis Africae*, lo logra siguiendo signos diferentes a los reales; no obstante, se siente derrotado.

Esta enseñanza que da Guillermo a su aprendiz es un indicio de que el franciscano es el prototipo de un nominalista, es decir, que piensa en el lenguaje como un signo. El conocimiento consta en este caso de la integración entre la erudición y la interpretación de los signos, para lo cual es necesario agudizar la capacidad de observación.

En lo que respecta a Jorge de Burgos, el anciano encarna a quienes piensan que el saber solo pertenece a Dios, y que la búsqueda del mismo por parte del hombre, en autores diferentes a los teólogos autorizados, es estar en contra de la fe, por eso es el representante de la corriente del misticismo en el Medioevo. Es la imagen de quien custodia la doctrina impidiendo que la filosofía nutra a la teología, pues considera que esto lo único que hace es degradar la misma fe; era esta la visión que el anciano tenía de Aristóteles: “Cada libro escrito por ese hombre ha destruido una parte del saber que la cristiandad había acumulado a lo largo de los siglos [...] Cada palabra del Filósofo, por la que ya juran hasta los santos y los pontífices, ha trastocado la imagen del mundo” (Eco, 1988:573). Jorge llega incluso a pensar que él es un instrumento de Dios que tiene como fin ocultar el saber. El mismo Guillermo se lo dice: “Tratas de convencerte de que toda esta historia se ajusta a un plan divino, para no tener que verte como un asesino” (Eco, 1988:570).

Esta posición frente al saber se pone de manifiesto en diversas ocasiones: en primer lugar, en la discusión que tiene con Guillermo en el *scriptorium* acerca de la validez del

⁶ En el siglo XII, Bernardo de Claraval representa a la cultura de pensamiento eclesiástico. Su teología, llamada monástica porque estaba dirigida a los monjes de su tiempo, contrasta la “ciencia del intelecto” representada en la escolástica con la “ciencia del corazón” que él abanderaba. Esta teología se caracterizaba por colocar la ascesis y la oración, y no la ciencia especulativa, como los medios para llegar al conocimiento divino; por eso se dice que representa el misticismo.

conocimiento; en segundo lugar, el día que encuentran muerto al monje Severino y dos monjes son acusados de herejía y da un discurso a la comunidad: “La custodia, digo, no la búsqueda, porque lo propio del saber, cosa divina, es el estar completo y fijado desde el comienzo en la perfección del verbo que se expresa a sí mismo” (Eco, 1988:486); y finalmente, cuando el anciano espera al franciscano en el laberinto de la biblioteca.

El aprendiz se enfrenta a estas dos perspectivas en su estadía en la abadía, admira a su maestro y le asusta el comportamiento de Jorge, pero sobre todo, se estremece al comprobar que Guillermo y el anciano lo único que buscaban era la aprobación mutua en una competencia por mostrar quién tenía la razón: “Estos dos hombres, enfrentados en una lucha mortal, se admiraban recíprocamente, como si cada uno solo hubiese obrado para obtener el aplauso del otro” (Eco, 1988:572). Esta conclusión a la que llega Adso es la que lo lleva a elegir una vía distinta de conocimiento.

2.2 La enfermedad de amor

El personaje vive la erotomanía según las características que esta tiene en las sociedades cristiana y árabe del Medioevo. La *enfermedad de amor* o erotomanía se considera como un exceso de amor o un tipo de obsesión por el ser amado que se manifiesta, incluso, físicamente. Para Edith Aristizábal, la erotomanía es un sentimiento que viene desde fuera de la persona ya que quien padece la enfermedad se sabe amado por alguien; sin embargo, “no se identifica o reconoce como verdadero amor” (1990:54).

En esa época, la sociedad cristiana medieval vive el amor a partir de la clasificación hecha por san Agustín: *ágape* y *eros*⁷. El verdadero amor es el *ágape*, que se le profesa a Dios. El *eros*, que es el amor entre los seres humanos, es defectuoso para la religión. De ahí la exaltación de la castidad. De esta forma, los monjes deben vivir un amor perfecto y solo a

⁷ Gonzalo Soto lo afirma, cuando dice que esta clasificación influyó incluso en la manera de hacer filosofía en Agustín de Hipona. Para él ya no cuenta el eros platónico, sino el ágape cristiano que experimenta a Dios como ser, belleza y bondad. De manera que el valor de lo humano se encuentra es en Dios.

Dios. Adso, siendo novicio benedictino, se ve presa del *eros*, padeciendo la *enfermedad de amor*.

El mundo islámico del Medioevo también se interesa por el tema. Así lo expresa Waleed Saleh, en su estudio sobre el amor, diciendo que para los poetas árabes el amor:

Era una pasión noble que merecía todo tipo de sacrificios. De algún modo podría compararse con un amor espiritual, en el que el enamorado gozaba de los sufrimientos de su ardiente amor. La amada, en muchos casos, era tratada con un respeto que iba más allá de lo humano, adquiriendo un carácter cuasi divino (1998:52).

Esta afirmación tiene una estrecha relación con la descripción de la enfermedad que se presenta en la novela. El amor humano es elevado a la categoría de espiritual por los sentimientos que produce, y se le dan connotaciones divinas a la amada. El novicio equipara su encuentro con la mujer a una experiencia mística, llega incluso a describirla como la amada del *Cantar de los cantares*.

Otro ejemplo del concepto árabe del amor en la Edad Media se encuentra en el *Tratado sobre el amor* escrito por el filósofo persa Avicena, y que es el que Adso encuentra en la biblioteca y le resulta esencial para comprender su padecimiento. Avicena fija con claridad el significado de este trastorno; Ramón Guerrero lo cita y define en qué consiste: “Una enfermedad (*marad*) y una especie de carcinoma semejante a la melancolía, que lleva al hombre hacia sí mismo aplicando totalmente su pensamiento en considerar hermosas algunas formas y cualidades” (2008:252), entiéndase, del objeto amado que causa la enfermedad. Estos síntomas los padece el personaje después de su encuentro con la mujer y le permiten esclarecer cuál era el sufrimiento que lo agobiaba. La búsqueda de Adso de la cura de su enfermedad, y el conocimiento que adquiere sobre la misma, son otro claro ejemplo de su indagación personal, sin ayuda de su maestro.

3. Antecedentes de la enfermedad

Los preliminares del padecimiento que invade al joven novicio se encuentran, en primer lugar, en la conversación que este tiene con Ubertino; luego en su búsqueda, en el *scriptorium*, de la historia de fray Dulcino y su compañera, la bella Margarita; y, finalmente, en su visita al laberinto y lo que allí encuentra. Estos hechos lo conducen al encuentro con la mujer y posteriormente a su enfermedad.

En primer lugar, Adso busca a Ubertino para preguntarle sobre la historia que tanto le intriga del franciscano hereje, llamado Dulcino, y Margarita quien fue seducida por él y este la nombró como una de las representantes de su congregación, lo que era impensable para la institución religiosa de su tiempo. Así, el viejo monje se refiere a la mujer en general como causa del mal. Para el anciano —y en él se representa la visión que tenía el Medioevo del sexo femenino— la sexualidad es el pecado grave al que ella conduce. Ubertino le da al novicio su definición del amor; y de la misma manera que tiene una visión negativa de la mujer, también la tiene del amor. Le dice:

¿Qué es el amor? Nada hay en el mundo, ni hombre, ni diablo, ni cosa alguna, que sea para mí tan sospechosa como el amor, pues este penetra en el alma más que cualquier otra cosa. Nada hay que ocupe y ate más el corazón que el amor. Por eso, cuando no dispone de armas para gobernarse, el alma se hunde, por el amor, en la más honda de las ruinas (Eco, 1988:282).

Sin saberlo, el anciano hace una descripción de algunos sentimientos que el joven padecería después cuando su corazón llega a ser ocupado y atado por la muchacha. Sin embargo, en vez de experimentar la ruina de la que habla Ubertino, el novicio se siente dichoso en su encuentro con ella; percibe sentimientos y sensaciones antes no conocidas.

Después del diálogo con el viejo, el aprendiz sube al *scriptorium*, lee la historia ya contada por el monje y se desasosiega al recordar el suplicio de fray Michel, un compañero de Dulcino cuya quema en la hoguera presencié Adso. Posteriormente, decide entrar solo en

la biblioteca y allí se detiene en una copia del libro del Apocalipsis donde se encuentra con las imágenes de dos mujeres: la primera es la mujer vestida de sol y la segunda es la meretriz de Babilonia. Esto lo inquieta nuevamente, pues el joven quería saber sobre la mujer, conocerla y tenerla cerca; le inquietaban sus rasgos y su belleza. Él mismo lo describe así:

Era el libro de la revelación del apóstol, y otra vez, como la noche anterior, volví a caer en la página de la *mulier amicta sole* [...]. Comparé el rostro, los pechos, los sinuosos flancos, con la estatua de la Virgen que había contemplado junto a Ubertino. Aunque de signo distinto, también esta mujer me pareció bellísima. Pensé que no debía insistir en aquellos pensamientos y pasé algunas páginas. Encontré otra mujer, pero esta vez se trataba de la meretriz de Babilonia [...]. En ambos casos los rasgos eran femeninos, y en determinado momento ya no supe reconocer dónde estaba la diferencia. Otra vez sentí aquella agitación interna (Eco, 1988:296-297).

El encuentro del joven con este libro, donde mira a las dos mujeres, es una muestra de lo que hacía un momento le había dicho a Ubertino: que su intención era distinguir por sí mismo entre el bien y el mal, y conocer las pasiones humanas. Ya lo estaba consiguiendo. Adso sale de la biblioteca con todos sus pensamientos y sentimientos a flote; parece que lo anterior fue una preparación para el encuentro que a continuación tiene con la muchacha.

3.1 El encuentro con la mujer que le propicia su enfermedad

Mieke Bal habla de los acontecimientos que suceden en la novela como “la transición de un estado a otro que causan o experimentan los actores” (1995:21). Este proceso de transformación lo experimenta Adso en su encuentro con la muchacha. Los acontecimientos que se narran a continuación indican un cambio en el personaje; el joven siente algo que es totalmente nuevo para él; elige por sí mismo y opta por estar con ella a pesar de los condicionamientos morales y religiosos que tiene.

Como preámbulo a su narración cataloga el hecho como prodigioso y expresa cómo al encontrarse con la mujer en la cocina de la abadía su apetito lo lleva a seguir adelante. Aunque cuando recuerda su condición de monje lo llama “hecho malo”. El tener relaciones sexuales con aquella mujer fue un acontecimiento que se grabó en él de tal forma que años más tarde, cuando lo recuerda, afirma que lo puede detallar “como si estuviese copiando un pergamino escrito en aquel momento” (Eco, 1988:298). La pasión experimentada en tan corto tiempo lo marcó para toda su vida.

El narrador-personaje hace la descripción de la mujer y de su encuentro a partir de referencias religiosas, ya que es la forma de pensar y de ver el mundo que él posee. Es un encuentro emocional donde realiza toda una intertextualidad del *Cantar de los cantares*, libro bíblico que canta al amor humano y que es “un ejemplo magnífico de la expresión poética amorosa” (Fernández, 1994:63). El mismo Eco lo cuenta en las *Apostillas* cuando dice: “Es evidente que toda la escena de la relación sexual en la cocina está construida con citas de textos religiosos” (1988:649). Estas referencias manifiestan que Adso, preso de la emoción, se siente en una especie de éxtasis místico. Él mismo lo expresa cuando dice: “¡Oh, Señor!, cuando el alma cae en éxtasis, la única virtud reside en amar lo que se ve” (Eco, 1988:302). El texto bíblico le sirve para exteriorizar sus sentimientos; siente que lo que expresa en ese momento, con palabras del *Cantar*, se hace vida en lo que acontece.

En este gozo que siente el personaje, compara a la muchacha con la protagonista del poema bíblico quien es conocida como la Sulamita. El novio del *Cantar* entona sus versos para ella y se siente presa de su hermosura. De la misma forma, Adso le grita a la mujer los versos del texto y así siente que le da categoría espiritual a lo que vive.

En este encuentro, el personaje consigue un nuevo conocimiento, no de tipo racional sino emocional, a diferencia de lo que le había enseñado su maestro. Guillermo no expresa sus emociones en la novela de la forma como Adso lo hace después de este momento; de hecho, el franciscano es un erudito de las cosas, pero no de lo corporal. A partir del encuentro con la mujer, el aprendiz aventaja a su tutor en el conocimiento sensible. El mismo Eco dice que las emociones de Guillermo “eran todas mentales o bien reprimidas” (1988:647). Se

entusiasmaba al ser capaz de leer signos, hacer hipótesis y lograr descubrimientos. No eran emociones de carácter pasional como las que se perciben en Adso, cuando expresa su amor con las palabras “con que hablaban del amor los doctores de la Iglesia” (Eco, 1988:646). Su sentimiento es grande y no encuentra otra forma de manifestarlo, por eso acude a los poemas de los teólogos que ha leído ya que no conoce otra forma de comunicar lo que siente.

Por las palabras con las que se dirige a la muchacha y de lo que ella responde, el novicio cae en la cuenta de que la mujer habla un idioma diferente, por eso piensa que el lenguaje más universal es el gestual: “Entonces sonreí, porque pensé que el lenguaje de los gestos y del rostro es más universal que el de las palabras” (Eco, 1988:299). Esto no lo comprendió antes porque es el amor el que le proporciona descubrir otra posibilidad de comunicación. El personaje lo demuestra cuando siente que con las caricias y las miradas es posible manifestar lo que siente: “¿Qué sentí? ¿Qué vi? Sólo recuerdo que las emociones del primer instante fueron indecibles, porque ni mi lengua, ni mi mente, habían sido educadas para nombrar ese tipo de sensaciones” (Eco, 1988:299).

El personaje, preso de su deseo erótico, quiere comprender los hechos desde su formación intelectual y religiosa. Por eso, en su narración, procura santificar lo que antes Ubertino satanizó:

Pero ¿existía realmente una diferencia entre las delicias de que habían hablado los santos y las que mi ánimo conturbado experimentaba en aquel instante? En aquel instante se anuló mi capacidad de percibir con lucidez la diferencia. Anulación que, según creo, es el signo del naufragio en los abismos de la identidad (Eco, 1988:300).

El novicio siente que el encuentro con la mujer lo remite a lo divino; vive así una confrontación interna entre la razón y los sentidos. No puede evitar las reminiscencias a lo divino, no sabe expresarse de otra forma. Aunque intente satanizar o catalogar como “hecho malo” su relación con la mujer, no puede hacerlo; sabe, en la profundidad de su ser, que le gusta lo que vive.

Así, se deja conducir por su deseo y él mismo cuenta que recibe una nueva intuición: “Y comprendí que, ya fuese lo que sentía una celada del enemigo o un don del cielo, nada podía hacer para frenar el impulso que me arrastraba” (Eco, 1988:301). Es en este momento donde la narración de ese encuentro llega a su clímax, y es aquí donde el personaje reitera la adquisición de una inteligencia distinta a la que poseía: “Y comprendí que de allí, del amor, surgen al mismo tiempo la unidad y la suavidad y el bien y el beso y el abrazo, como ya había oído decir creyendo que me hablaban de algo distinto” (Eco, 1988:30). Después de este momento inolvidable para el personaje, comienzan los síntomas de su enfermedad.

3.2 Síntomas de la enfermedad

Al día siguiente del encuentro con la muchacha, y después de haber vivido un abismo de goce, Adso “se hunde en la agonía de amor” (Eco, 1988:338) y habla de los síntomas que la enfermedad le produce. Dice que comienza a sufrir un sentimiento de muerte y aniquilación. Además se siente perturbado al pensar que, para referir lo que acababa de vivir con la muchacha, no tiene ciencia en qué apoyarse. No conoce un tratado sobre el amor o algo parecido; la experiencia vivida lo sobrepasa. En efecto, comienza a tener sensaciones que describe como una herida abierta, difícil de volver a cerrar, dulce y terrible; sus llagas se agrandan y solamente obedece a su deseo. La *enfermedad de amor* produce en el amante sentimientos opuestos: por un lado, el goce es intenso; y, por otro, el sufrimiento se manifiesta con la misma intensidad. Adso padece no solo por no estar con su amada sino porque se siente culpable, y este sentimiento procede de su formación religiosa y moral. El novicio no puede dejar de pensar en lo que vivió. Para él fue hermoso: experimentó algo parecido al éxtasis divino; sin embargo, el suceso se opone a todo lo que le habían enseñado. El joven no se puede despojar, por más que quiera, de su formación, ni de la cosmovisión de su tiempo y, por eso, siendo viejo, aún dice que se avergüenza de este hecho.

Desde entonces, aparecen otros síntomas que lo alertan de su padecimiento: “Sentía como un ligero vértigo. Golpeaba mis manos entumecidas una contra otra. Pataleaba contra el suelo. Aún tenía sueño, pero sin embargo me sentía despierto, lleno de vida. No entendía qué me estaba pasando” (Eco, 1988:337). Ve en todo la imagen de la muchacha y desea volver a verla; padece por su ausencia y pena por su amor, al no tenerla cerca la codicia y siente que solo se sanará con su presencia⁸. Y aunque se cree poseído por el amor piensa que por su condición de novicio no le es permitido sentir de esa forma: un monje solo puede amar a Dios y debe rechazar toda posibilidad de amor humano.

El joven desea apoyar su descubrimiento en un autor conocido; por eso, refiere su nueva comprensión citando a santo Tomás de Aquino, quien dice: “*Amor est magis cognitivus quam cognitio*” (Eco, 1988:342), (“El amor es más cognitivo que el conocimiento”). El amor era el bien que había alcanzado, y uno de los síntomas que percibe es la búsqueda del bien de su amada. Un ejemplo de ello es que el quinto día, después de *completas*, cuando la muerte de la muchacha a la que se acusaba de bruja es inminente, el joven, impotente por no poder hacer nada por ella, pasa la noche lamentándose por la próxima muerte de su amada, de la que ni siquiera sabe el nombre (Eco, 1988:496). Quiere salvarla pero no puede hacerlo, su maestro no se lo permite; sin embargo, atendiendo a la globalidad

⁸ Ya se dijo que Adso le da categorías espirituales a su padecimiento y que lo compara con una experiencia espiritual. Esto no es equívoco si se tienen en cuenta las descripciones espirituales hechas por los místicos. San Juan de la Cruz, por ejemplo, habla de la pena que padece el alma por la ausencia del amado. El amado para él es Dios, e incluso llega a decir que padece una enfermedad de amor. En la estrofa 11 de su poema *Cántico espiritual* lo expresa así:

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

Más adelante, cuando realiza el comentario a este verso, explica de qué se trata el padecimiento por la ausencia del amado y define la enfermedad de amor. Dice que la ausencia que le causa el amado (Dios) hace que el alma sienta pena por su amor y persevere en ella y que el único remedio de esta ausencia es la presencia del amado: “La causa porque la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del Amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es también diferente. Porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, cúranse contrarios con contrarios, mas el amor no se cura sino con cosas conformes al amor” (1987:698).

del personaje, se comprende que no lo hace porque su elección no fue por ella sino por continuar con su vida de monje benedictino.

3.3 Adso encuentra, de forma erudita, la cura para su enfermedad

El cuarto día después de *completas*, el aprendiz visita nuevamente con su maestro la biblioteca. En medio del recorrido por la sala, y como si lo estuvieran esperando, Adso encuentra algunos textos que esclarecen el significado de su padecimiento, y que, a la vez, le ofrecen unas posibles curas, llegando a la conclusión de que su enfermedad sanará con el tiempo porque sabe que, por más que lo desee, no podrá estar nunca con la muchacha.

El primer comentario que ilustra al joven es de fray Máximo de Bolonia en su libro *Speculum amoris*, que retoma citas de otros escritos sobre la *enfermedad de amor*. El descubrimiento turba de nuevo al novicio, quien, deseoso de curarse, continúa leyendo. El personaje dice que le bastó con ver el libro para comprobar “que estaba mucho más enfermo de amor de lo que había creído” (Eco, 1988:394), ya que se sentía reflejado en lo que leía. Le parecía como si lo describieran a él mismo.

Comprende entonces que su sufrimiento es lo que se denomina *enfermedad de amor*, y que es una dolencia de la que el paciente no desea curarse. Entiende que lo que vivió era lo que describía Basilio de Ancira: “Un júbilo excesivo, y al mismo tiempo desea apartarse y prefiere la soledad (como yo aquella mañana), a lo que se suma un intenso desasosiego y una confusión que impide articular palabra” (Eco, 1988:395). Quien al final le otorga mayor conocimiento sobre su enfermedad es Avicena: “Define el amor como un pensamiento fijo de carácter melancólico, que nace del hábito de pensar una y otra vez en las facciones, los gestos o las costumbres de una persona del sexo opuesto” (Eco, 1988:396). Al continuar la lectura del filósofo persa se decepciona, pues comprueba que la cura para la enfermedad que propone Avicena es “unir a los amantes en matrimonio”, al cual él no tiene acceso por ser un monje benedictino. Se pregunta entonces: “Cómo podía curar de un mal de amor un joven

monje” (Eco, 1988:397). En aquel momento encuentra en el texto de Arnaldo de Villanova la cura a su enfermedad: “Tratar de perder la confianza y la esperanza de unirse al objeto amado, para que el pensamiento fuese alejándose de él” (Eco, 1988:398). Por fin, Adso encuentra la respuesta que lo serena, porque piensa que por su condición de monje y por el rango de su familia no puede tener al objeto deseado y por tanto su enfermedad, con el tiempo, terminaría curándose.

Mientras su maestro rastrea al culpable de los crímenes, el novicio indaga sobre lo que siente. Es algo que hace solo y sin la ayuda de nadie. Su deseo de conocer por sí mismo se realiza: tiene un encuentro sexual que le brinda un conocimiento sensorial totalmente nuevo para él, se da cuenta de que no puede racionalizar sus pasiones como hace con los demás acontecimientos; es consciente de que el encuentro con la mujer modifica su percepción y logra hallar la cura de su enfermedad. Adso alcanza su meta, y para ello infringe las normas morales de su cultura y, al hacerlo, aprende algo novedoso que lo acompaña hasta su vejez.

A modo de conclusión

A lo largo del artículo se evidencia la tesis de que Adso, con la *enfermedad de amor*, adquiere un nuevo conocimiento de tipo sensorial, totalmente desconocido para él y no aprendido en las enseñanzas morales y religiosas que le habían transmitido. Este padecimiento le proporcionó al personaje la posibilidad de sentir lo que no había experimentado antes y de comunicarlo. A través del amor, el aprendiz recibe una nueva intuición y él mismo dice que adquirió una inteligencia distinta a la que ya poseía, un bien que antes no había conocido.

Sin embargo, el aprendiz no se detiene allí, va más allá y se encuentra no solo ante la posibilidad de elegir tener relaciones sexuales con una mujer y vivir una emoción diferente a la intelectual como lo hacía Guillermo, sino ante una elección mayor que es un modo de conocer personal. Esta decisión fundamental, como se mostró en el análisis del personaje, es la elección por lo que Eco llama “la nada divina” (1988:646), es decir, “la fe, que sabe esperar

con paciencia sin preguntar más de lo debido” (Eco, 1988:479). El joven comprende que ni la lectura de los signos enseñada por su maestro, ni el ocultamiento del saber a ejemplo de Jorge de Burgos, ni el conocimiento por el amor que le brindó el encuentro con la muchacha, son el camino para obtener el saber que él quiere seguir. En consecuencia, la *enfermedad de amor* le brinda un nuevo saber, a través los sentidos; sin embargo, lo lleva mucho más allá, capacitándolo para realizar sus propias elecciones, que en este caso fue la fe como opción de vida.

Adso realiza su deseo de conocer por sí mismo separándose de las enseñanzas de su maestro y llega a una conclusión: cree que es mejor no buscar el saber humano, pues lo que él necesita no es el conocimiento sino la salvación y para obtenerla lo fundamental es la fe.

Referencias

Aristizábal, Edith. (1990). La erotomanía: Modalidad del amor en la psicosis. En: *El amor en el psicoanálisis*. Medellín: Fundación Freudiana de Medellín.

Baiz, Franz. (2001). El personaje a la luz de la semiopragmática. En: *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*. No.17 (febrero), San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy, pp. 29-37.

Bal, Mieke. (1995). *Teoría de la narrativa*. Madrid: Cátedra.

Bobes, María del Carmen. (1998). *La novela*. Madrid: Síntesis.

Círculo de estudios tomistas. *La filosofía del amor en san Agustín*. Recuperado de <http://tomismounica.blogspot.es/> (Visitado el 8 de septiembre de 2013).

Del Prado, Javier. (1999). *Análisis e interpretación de la novela. Cinco modos de leer un texto narrativo*. Madrid: Síntesis.

Duby, Georges. (1990). *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Madrid: Alianza.

Eco, Umberto. (1988). *El nombre de la rosa y Apostillas al Nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen.

Eco, Umberto. (1997). *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona: Lumen.

Escuela Bíblica de Jerusalén. (1998). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Fernández, Emilia. (1994). *El cantar más bello*. Madrid: Trotta

Filinich, María Isabel. (2006). *La escritura y la voz en la narración literaria*. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-escritura-y-la-voz-en-la-narracion-literaria/> (Visitado el 18 de marzo de 2013).

Johnson, Carroll. (1995). *La construcción del personaje en Cervantes*. Recuperado de <http://www.h-net.org/~cervant/csa/artics95/johnson.htm> (Visitado el 18 de marzo de 2013).

Juan de la Cruz. (1987). *Obras completas*. Burgos: Monte Carmelo.

Nominalismo y crisis de la escolástica. Recuperado de <http://mercaba.org/Filosofia/HT/tema%2044.htm#nominalismo> (Visitado el 8 de septiembre de 2013).

Page of Umberto Eco. En: <http://www.umbertoeco.com/> (Visitado el de agosto de 2013).

Pastori, Aurelio. *Bernardo de Claraval y la guerra santa*. Recuperado de http://www.academia.edu/2002364/Bernardo_de_Claraval_y_la_idea_de_guerra_santa (Visitado el 6 de septiembre de 2013)

Ramón, Rafael (2008). Avicena: Sobre el amor. En: *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*. Vol. 25, Madrid, Universidad Complutense, pp.245-261.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <http://rae.es/obras-academicas/diccionarios/diccionario-de-la-lengua-espanola> (Visitado el 16 de octubre de 2013)

Regla de san Benito. (1991). Zamora: Monte Casino.

Saleh, Waleed. (1998). Amor, locura, muerte. Las dos caras del amor en la tradición árabe. En: *Al-Andalus Magreb. Estudios árabes e islámicos*. No.10, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 47-75.

Soto, Gonzalo. (1988). El nombre de la rosa y el mundo medieval. En: *Revista de Ciencias Humanas*. Vol. 9 No. 11 (agosto), Medellín, Universidad Nacional, pp.9-24

Soto, Gonzalo. (2007). *Filosofía medieval*. Bogotá: San Pablo.

Steiner, George. (2004). *Lecciones de los maestros*. Madrid: Siruela.